

## UN EJERCICIO DE AUTOFICCIÓN: *LA MUERTE DE MONTAIGNE DE JORGE EDWARDS*<sup>1</sup>

HARRY BELEVAN<sup>2</sup>

Me permito añadir un detalle que molestará todavía más a los ofuscados, a los criticones: mi propia escritura pertenece a esa misma familia, a la de Montaigne... entre muchos otros [...] ¿No será, me he preguntado más de una vez, que las escrituras del yo, de la memoria, aunque sea una memoria convertida en ficción, inventada, tienden a cristalizar en notas más bien rápidas, apenas redactadas?

Estas reflexiones de Jorge Edwards nos presentan de entrada y fuere sólo recién en la página 189, el diseño de su más reciente libro, *La muerte de Montaigne*. Se trata de un singular ejercicio en la denominada autoficción, según la propuesta de Serge Doubrovsky, es decir, una de esas “escrituras del yo” como lo reconoce el propio Edwards, constituidas por la autobiografía, el diario íntimo, el autorretrato y todos aquellos ejercicios literarios y sus variantes que rebotan irremediabilmente en su autor. Pero dejemos las cosas allí nomás para no incurrir en lucubraciones críticas sabihondas.

Sugerimos más bien que este libro bien podría estar inventando, sin proponérselo, todo un subgénero literario: dentro de la categoría de la biografía, podríamos imaginar una subespecie de “biografía

<sup>1</sup> Presentación realizada el 2 de agosto de 2011 en el marco de la 16ª Feria Internacional del Libro de Lima (FIL-Lima 2011) de la obra respectiva (Edwards, Jorge. *La muerte de Montaigne*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 2011).

<sup>2</sup> ANLE y ASALE. Escritor y diplomático hasta fines del 2011 fue Rector de la “Academia Diplomática del Perú”. Ha publicado ampliamente a nivel internacional en los géneros de cuento, novela, ensayo y teatro.

autobiográfica” o de “autobiografía mimética”, o algo con nombre acaso más feliz pero que pudiere significar la escritura de una biografía cualquiera para mejor retratarse el autor de la misma a través de su biografiado.

Estamos, entonces, frente a uno de esos libros fervientes, que suscitan diversas interpretaciones porque invitan a distintas lecturas. *La muerte de Montaigne* puede ser una novela biográfica, o una metafórica autobiografía, o un ensayo, o bien “una fantasía muy personal, mi Montaigne” (148) al decir del propio Edwards, para luego afirmar a propósito de alguno de los escritos de aquel: “[...] no sabríamos decir si es un relato, un ensayo, una crónica, un cuento. La indefinición del género, y su carácter abierto, a mitad de camino entre la narración y la reflexión, me parecen propios del Señor de la Montaña...” (159) A propósito, Vargas Llosa consideraba en su comentario al libro que: “Edwards es un magnífico cronista, acaso el último cultor de un género casi extinguido” (“Piedra de Toque”, diario *El País*, Madrid 22/V/2011). Frente a las varia(da)s lecturas posibles, propongo entonces considerar este libro de Edwards más que como una novela, aunque así lo llame él mismo, como un ensayo novelado sobre la vida, simplemente la vida, pero no sólo la de Montaigne sino la vida toda, la vida a secas, a fin de estar mejor premunidos para presagiar la muerte que se agazapa detrás de todos nosotros.

*La muerte de Montaigne* contiene distintos libros en uno solo. Por un lado, es un estupendo manual sobre el quiebre acaso más trascendente de toda la historia de Francia, a mi juicio aún más de lo que pudo ser la propia revolución de 1789, tan justiciera como injusta que lo fue. Porque el siglo XVI, que es el de Montaigne, es también la era de Enrique IV, el más grande estadista que jamás gobernó Francia por la sencilla razón que fue él quien, en cierto modo, fundó ese país, quien consolidó por primera vez en una sola nación lo que hasta entonces habían sido territorios dispersos y hasta enemigos, para dibujar finalmente ese esplendoroso rostro de lo que conocemos hasta nuestros días como Francia. Y detrás de aquel portentoso gobernante estuvo Michel de Montaigne, el humanista que cerraría el Renacimiento e iniciaría la Modernidad, pues su obra lo convirtió en el punto de inflexión de la cultura y la civilización en Occidente.

No es poca cosa, pues, lo que acomete Edwards al recorrer aquellos tiempos que redefinieron el rostro de un Estado, Francia, y de todo un continente, Europa, entonces el centro del universo. Y lo

hace Edwards con una soltura, una bonhomía, una frescura tales que acercan progresivamente la vida y la escritura de uno y otro, asemejando aquel genial francés del siglo XVI con este lúcido chileno del siglo XXI.

Por otro lado, cabe preguntarnos cuál es la trastienda real de este ensayo-novela acerca de una época y dos personajes sobre los que suponemos que ya todo se ha escrito, cuál sería el propósito que motivó al autor para escribir este libro, tal como él mismo se lo pregunta como si fuera un curioso más procurando la respuesta: “¿Por qué, podría preguntar alguien, en el siglo XXI, y en el remoto Chile, Montaigne?” inquiera Edwards, remedando la pregunta que, bien lo sabe, nos hacemos probablemente muchos, para concluir seguidamente y con cierta fatalidad no exenta de sorpresa: “En cierto modo no tengo respuesta, y tampoco quiero dar una respuesta académica.” (286) Cabría aquí registrar igualmente lo curioso que resulta que los títulos de las dos últimas obras de Edwards lleven nombres propios de escritores: *La casa de Dostoievsky* y *La muerte de Montaigne*”.

La respuesta a la interrogante de Edwards está en la afinidad mimética del autor con Montaigne, en esa irrevocable consubstantialidad —pesada palabra, pero palabra justa— del discípulo con el Maestro, en un arco tendido en el destiempo de esos casi cinco siglos que separan al escritor chileno del escritor francés. Y lo llamo afinidad porque eso es lo que se siente en la resolución de la muerte para uno y para otro, tal como lo evoca el título mismo del libro que comentamos, pero también afinidad en el estilo con que ambos escriben los trasfondos de sus respectivos preludios al trance final.

Porque en Edwards encontramos un tono conversacional en la forma como va armando en filigrana este libro, un tono diríase que coloquial y confesional a la vez, como si estuviera escribiendo una larga, interminable carta a un amigo en la que se puede permitir saltar, en apariencia desordenadamente, de una anécdota sobre Montaigne a un banal recuerdo del Santiago de su juventud, o a la traducción de un relato de Machado de Assis. “Los títulos de Monsieur de Montaigne solían despistar: anunciaban una cosa, y el ensayo, después, sin pedirle permiso a nadie, se internaba por derroteros diferentes”. (132) Pero el desorden no es, naturalmente, tal porque detrás de ese espejismo de la improvisación hay toda una sólida meditación previa. Y muy parecido también es el estilo de Montaigne al decir del propio Edwards; así, el estilo del copista le permite a este reverberar en la fluidez esti-

lística de su modelo: “En cuanto a la escritura del Señor de la Montaña —acota Edwards— diríamos que es una escritura asombrosamente natural, juguetona, de ritmo incomparable, aficionada a la digresión, algo descocida, fragmentaria por definición”. (21) “Es una escritura que se revisa, que se alimenta de sí misma, que se sorprende y explica su sorpresa”. (189) Y antes habrá dicho: “Michel de Montaigne es el escritor menos tenso, menos sufriente, menos obsesionado, menos angustiado por la dificultad de la escritura, que conozco [...] Es uno de los autores más inspirados, más juguetones, más libres de toda la historia de la literatura”. (30) Así, concluirá Edwards observando que esa literatura es también “[...] libre, deshilvanada, amistosa y de repente tomadora de pelo, como se puede tomar el pelo... a los amigos de confianza...” (32) “Montaigne significa para mí la libertad, la sensatez, el humanismo superior, y en algún sentido: la lectura y la escritura”. (148)

Todo esto —forma y estilo como se decía antaño— nos permite desembocar en la esencia misma del libro: siento que *La muerte de Montaigne* no es sólo un canto a la vida sino que, siéndolo completamente, es también su celebración pero a través de la comprobación de que ese trance natural que es la muerte puede ser asimismo, para algunos escogidos, la única forma de seguir viviendo, que es a lo que aspira secretamente todo escritor al legar sus libros a la imperfecta memoria colectiva. Unos pocos lo logran, los más han de resignarse al olvido.

La muerte no está sólo en el título o en la evocación de un escritor que vivió hace casi medio milenio: el sentimiento de la muerte del propio autor subyace en todo el libro, pero por interpósito protagonista: “Su preparación para la muerte —dice Edwards de Montaigne— era parte de su culto de la vida, del instante, de la belleza de las cosas. La conciencia de la muerte fortalecía la conciencia de la vida”. (210) Y más adelante añadirá: “[...] no es imposible que el señor de Montaigne observara la muerte con la misma curiosidad, con la misma atención, con la misma mirada escrutadora, con las que lo observaba todo”. (239) Finalmente, Edwards pule estas reflexiones con una poética metáfora del crepúsculo (de “ese otro” anochecer), pero exenta de angustiosos aspavientos, sobresaltos o remordimientos: “[...] a esa hora del verano en que el aire comienza a adelgazarse, en que sopla una brisa juguetona, en que hay anuncios del atardecer...” (60) ¿No son, acaso, estas hermosas palabras la premonición

de la nocturnidad que se ciñe sobre todos nosotros desde el instante mismo en que nacemos?

*La muerte de Montaigne* es, entonces, una premonición de la vida más allá de la vida misma, un ensayo sobre la ancianidad —¡a no confundir con la vejez!—, un texto no sobre la senectud sino sobre la estética del ocaso existencial, la belleza solaz de quien ya puede mirarse a sí mismo serenamente en el retrovisor de su propia existencia y decirse: “Soy casi veinte años mayor que Michel de Montaigne en las vísperas de su desaparición, en sus años y meses finales, y ya es tiempo de que empiece a pensar en los finales míos”, (227) para luego completar tal reflexión con esta serena observación de *homme sage*, en los pasos de su preceptor: “[...] veo la palabra fin en la última página del manuscrito como una inevitable pérdida, una despedida dolorosa [...] Si pudiera adquirir el sentido natural de la muerte que adquirió Montaigne en sus años finales, hasta me alegraría”. (289)

¡Qué himno sublime a la beldad de la vida que resulta ser este libro de Jorge Edwards, escrito, al igual que lo hiciera el Señor de Montaigne en sus *Ensayos*, sin convulsiones ni amarguras ni tristes acartonamientos frente al atisbo de ese inexorable fin que nos aguarda a todos! Y qué lección, por eso mismo, a tantos torturados escritores cuyos penumbrosos textos, hechos de palabras enjutas y ceñudas, no son otra cosa que la fatuidad de tomarse demasiado en serio a ellos mismos y a todo lo que escriben. Esto es así mientras que Edwards, de la mano de Montaigne, nos asegura, con la domesticación familiar de la muerte, que no hay cabida frente a ella para el tormento o la desesperanza.

